



el
SECRETO
de la
Mariscal

J. Strahan

E EDICIONES COMUNIDAD
R I S T I A N A
J u j u y



Del poder de tus hechos estupendos
hablarán los hombres, Y yo publicaré
Salmos 145:6 tu grandeza.

CATALINA BOOTH, la hija del General Wiliam Booth, fue la que comenzó la obra del famoso “Ejército de Salvación” en Francia y Suiza. Habiendo llegado a Francia a la edad de veintidós años y acompañada solo por otras tres jovencitas, tuvo que enfrentar y sobrellevar los más formidables obstáculos. Pero pronto conquistó el cariño de miles en los suburbios y bajos fondos de Paris y otras ciudades francesas. Entre esa gente llegó a ser conocida como “La Mariscala”, nombre que llevó por el resto de su vida.

Rara vez en los anales del Cristianismo hubo una historia de amor e indomable coraje acompañado de heroico celo y entrega de sí misma, como la que se vió en la vida y obra de esta frágil mujer. Su vida demostró especialmente ese glorioso “espíritu” del Cristianismo triunfante, sin el cual, y a pesar de la doctrina fundamental, los principios de su vida victoriosa, guía Divina o manifestaciones sobrenaturales del Espíritu Santo, etc., nunca hubieran sido suficientes para llenar plenamente los propósitos de Dios en la Iglesia.

De las docenas de historias e incidentes que ilustrarían el mensaje que quiero compartir, elegí la siguiente breve selección. Que el Señor la utilice para despertarnos de nuestro sueño Laodiceano, para buscar en El la realidad del verdadero evangelismo del Nuevo Testamento.

—El Editor

DESPUÉS de haber obtenido muchas victorias en su país natal, Inglaterra, William Booth y su señora dirigieron sus miradas al extranjero. Comprendieron que “el campo de acción es el mundo”, y anhelaron comenzar a actuar en el continente europeo. Así, en el verano de 1881, con grandes esperanzas y algo de natural temor, dedicaron a su hija mayor, Catalina, a Francia. Dándola, dieron lo mejor que tenían.

Delicada jovencita como era, y con sólo veintidós años de edad, ella llegó a ser una de las más grandes fuerzas espirituales de Inglaterra. Llegó a grandes multitudes; en todos sitios donde fue surgieron grandes avivamientos y se convirtieron cientos de personas. Había un fuego espiritual y un poder en sus exhortaciones que la hacían irresistible. Antes de partir, recibió muchas cartas de amigos a quienes ayudó espiritualmente, que comprendieron cuánto la iban a extrañar en Inglaterra. Pero en ningún lado hizo tanto bien, en ninguna parte dejó su ausencia un vacío tan grande como en su propio hogar.

Su hermana Eva escribió: “No puedo creer que te hayas ido. Siempre me comprendiste. Espero que algún día podré ser de alguna utilidad para tí a cambio de cuánto has hecho por mí”.

Y su hermano Herberto escribió: “No te imaginas cuánto sentí tu partida. El golpe vino tan de repente. . . Te habías ido. Solamente Dios y yo sabemos cuánto perdí al irte tú. Puedo decir sinceramente que tú fuiste todo para mí, y que de no haber sido por tí nunca hubiera llegado a ser espiritualmente lo que soy. Dios te bendiga miles, millones de veces. ¡Oh. . . cómo desearía serte útil, después de todo lo que has hecho por mí! Miles de agradecidos y amantes corazones te están elevando al trono celestial, y el mío entre ellos. Tienes una oportunidad por la que hombres del pasado hubieran dado su sangre, y que los mismos ángeles del cielo desean”.

Ante el sólo pensamiento de la partida de Catalina, o “Katie”, y de permitirle ir a vivir en esos horribles arrabales de París, la señora de Booth confesó que “sentía cosas inexpresables”. En una carta a una amiga escribió: “Las noticias que leo en los diarios acerca del estado de la sociedad en París, me hacen estremecer, y veo todos los peligros a los que nuestra querida hija estará expuesta!”.

Pero si sus temores eran grandes, mayor aún era su fe. Cuando Lady Cairns le preguntó cómo se había atrevido a mandar a una joven indefensa a esos lugares, ella le contestó: “Su inocencia es su fortaleza y Katie conoce al Señor”.

Si a Katie misma le preguntaban, ella daba simplemente su definición del Cristianismo. “¡El Cristianismo es heroísmo!”. Para una joven con este espíritu ¿podría haber después de todo, algo tan formidable en el mismo pueblo francés?

El Secreto

En los primeros días de la primavera del año 1881, la “Capitana” Catalina Booth, y tres jovencitas “tenientes” llegaron a París. Amaban a Cristo

y deseaban verlo victorioso en París. Llegaron a un lugar desesperado de pobreza, inmundicia y vicio, y se empeñaron en creer que podrían convertir ese desierto en regocijo y hacerlo florecer como una rosa. Tenían esa fe que se ríe de lo imposible.

Pero... ¿guiadas por qué ideas comenzaron estas jovencitas su acción en París? ¿Cuál fué su plan de conquista? ¿De qué manera esperaban iniciar su campaña? Dejemos que Catalina misma nos conteste.

“Yo he visto”, dijo ella, “que la manera de conquistar a Francia es hacer que el pueblo *crea en mí*. Eso es lo que los protestantes no comprendieron. Ellos predicaron la Biblia, escribieron libros, ofrecieron tratados. Pero con eso no se logra nada. “¡Malditas sean sus Biblias, sus libros, sus tratados!” gritaban los franceses. Y yo he visto entregar miles de Nuevos Testamentos que el pueblo solo utilizó para encender con sus hojas los cigarros. La convicción que tomó forma en mi mente fue que hasta que no pudiera inspirar fé en mí, no habría esperanzas”.

“Solamente si Jesús es levantado en carne y sangre atraerá hoy en día a los hombres. Si no puedo darle a El, fracasaré. Francia no esperó hasta hoy para recibir religión, prédicas o elocuencia. Es necesario algo más. **Yo, que te hablo a tí, soy El.** Ese es el sentir que el mundo espera hoy. Podrán decir que esto lleva a fanatismo o error, pero yo siempre vuelvo a este punto. La idea primaria de Cristo, su modo para salvar al mundo es, después de todo, personalidad.”

“¡El rostro, el carácter, la vida de Jesús, deben ser vistos en los hombres y mujeres! Este es el camino para llegar a las masas que no creen en nada, que odían la religión, que gritan ¡abajo con Jesucristo! Qué lástima sentí por ellos al escuchar sus gritos airados contra algo que realmente nunca habían conocido. Ellos gritaban —¡Abajo los Jesuitas!— sin haber visto nunca a Jesús. Muchos de ellos, de poder verlo lo recibirían con alegría. Fue la religiosidad de los curas lo que los amargaba. —¡Dinero para ser bautizados!, ¡dinero para casarse!, ¡dinero para ser enterrado!— es lo que los oía murmurar ¡Oh! son rápidos para reconocer al actor en religión, e igualmente rápidos para reconocer lo real. Francia es más sensible al amor que cualquier otro país que haya conocido. Pero Francia nunca aceptará una religión sin sacrificios”.

“Estas eran las creencias con las que comencé el trabajo en París, y si tuviera que comenzar hoy todo de nuevo, lo haría de la misma manera. Cuando comprendí qué era lo que tendría que hacer, mi mente descansó. Me dije: —Estaremos a su disposición, ellos sabrán donde vivimos, podrán observarnos de día y de noche, verán lo que hacemos y nos juzgarán”.

“Y lo maravilloso de esos primeros años de nuestra obra en Francia y Suiza fué *el fuego*; lo encendimos todo a lo largo del camino. Por donde fuimos, llevamos ese fuego con nosotras, lo alimentamos y comunicamos a otros. No podíamos evitarlo, porque el fuego estaba en nosotras, y eso fué lo que nos permitía sufrirlo todo. El fuego tenía que arder en nosotras de

día y noche. Ese es nuestro símbolo: ¡el fuego, el fuego!”

“Todos sabemos lo que es el fuego; calienta y quema; chamusca a los fariseos y hace huir a los cobardes. El pobre, tentado e infeliz mundo conoce por quién es encendido ese fuego, y dice: Te conozco quien eres, el Santo de Dios”.

“Eso fue lo que llenó los salones, tranquilizó las masas alborotadas e hizo romper en llanto de arrepentimiento a los hombres más duros de Europa. *Nosotras personificamos a alguien*. Eso fué la atracción. Yo no tengo la vanidad de suponer que era algo en mí lo que los atraía. ¿Qué soy yo? ¡Tierra y cenizas! Pero es el *fuego* que los atrae, los derrite; consume todo egoísmo. Ese fuego nos hace amar como El ama. Te da a tí un corazón de acero para tí mismo, y el más tierno de los corazones para los otros. Te da a ti ojos para ver lo que nadie ve, para escuchar lo que otros nunca se tomaron el trabajo de escuchar. Y los hombres corren hacia tí, **por lo que tú eres, porque tú eres lo que El fue en el mundo**. Tiene **Su** divina paciencia, **Su** amor, **Su** simpatía. Entonces El te da victoria sobre el mundo”.

“Esta fue la atracción. Cuando fuí a Francia le dije a Cristo:

—¡Yo en Tí y Tú en mí!—. Y muchas veces, enfrentando sola las risas de las multitudes, yo dije:

—Tú y yo somos suficientes para enfrentarnos a ellos. . . ¡Yo no te fracasaré ni Tú me fracasarás!”

“Sería un sacrilegio, una profanación, un error desleal e injusto si el poder Divino fuera dado en otros términos que no fuera la absoluta entrega de sí mismo. Cuando fuí a Francia le dije a Cristo:

—Lo sufriré todo si me das las llaves— Y cuando me preguntan cuál fue el secreto del poder en Francia, contesto:

—primero, amor; segundo, amor; tercero, amor— Y si me preguntan cómo conseguirlo, contesto:

—primero, con sacrificio; segundo, con sacrificio; tercero, con sacrificio”.

“Cristo nos ama apasionadamente, y quiere ser amado apasionadamente. El se manifiesta a quienes le aman apasionadamente. Y el mundo todavía tiene que ver todo lo que se puede hacer en esas condiciones”.■